

Palabra poética¹

ESCRIBIR NO SIEMPRE ES UN PLACER PARA QUIEN REALIZA esa labor bajo la Mirada inquisidora de la Academia Norteamericana. Un desliz impresionista, el uso del lenguaje popular o el olvido de una cita pueden invalidar la importancia de un texto ante el juicio de quienes otorgan el *tenure* a un profesor, y el *tenure* es la permanencia, aumento de salario, descanso seguro, en fin, la paz, sobre todo para el académico en exilio. Por esas razones, a veces, escribir es un sufrir, un cercenamiento, un simulacro, y momentos como éste en que escribo con libertad y gozo son una fiesta, máxime si es para honrar a un gran creador y un buen amigo a quien, a veces, llamaré aquí, permítaseme la familiaridad, Manolo, nuestro Manuel Díaz Martínez.

Todo gran poema, como son los suyos, es una conversación abierta con otros hechos creativos, una especulación placentera sobre los temas humanos de siempre. No osaré reducirlos a un listado, pero ellos aletean en forma de certezas y preguntas sobre los libros que hoy reposan junto mí y van armando este texto:

La Patria, ¿dónde queda la Patria para el escritor Manuel Díaz Martínez? La ética, ¿cómo salvarla sino a través de la comunicación humana?, nos interroga Emmanuel Levinas. La tradición literaria, ¿qué sería sin ella el escritor para T. S. Eliot? El exilio, ¿qué significa para María Zambrano? «Eso y algo más es Patria / si cabe ahí la libertad./ Si no cabe, yo prefiero / morir de distancia²» (p. 376), declara el poeta en su última antología, donde le encontramos con una voz lírica cada más vez más jugosa en resonancias, dueño de una perfecta economía de palabras, maestro en cincelar la expresión superflua o manida. Lugar no hay ahora para nostalgia quejosa, como tampoco hubo antes para nacionalismos exaltados. Por eso, la definición de Patria no es aquí ambiciosa, ni sufriente, es sólo el nombrar la pérdida exorcizando la distancia. Se equivocaba Cavafis respecto al destino del escritor exiliado, cuando auguró en aquellos versos: «No hallarás nuevo país, no hallarás otra orilla».

M a d e l i n e C á m a r a

No ha sucedido así en la poética de Manuel Díaz Martínez. Patria por ausencia pero presente en el acto de la palabra que recupera realidades: «un mar, unas casas, unas calles, ...algunas frustraciones... un guiso, una canción... una manera de decir las cosas... los padres que van envejeciendo en un patio de provincia» (p. 376). Aparentemente, un poema coloquial: la sencillez de los sustantivos, la estructura aditiva, el tono menor, la suavidad del ritmo, y, sin embargo, se produce un efecto de «enumeración diversívoca»³, «una construcción exuberante», sin ser barroca, «un despliegue semántico» dentro de un verso estructuralmente simple.

La fragmentación espacio-emocional es sólo la superficie gramatical del poema; en el fondo, como debajo de la ola, está la fuerza de la síntesis: lugares, personas, afectos, hábitos recuperados a través de la memoria y de la magia connotativa de la palabra artística que parece darle una segunda oportunidad al exiliado, la de la vida recreada en el recuerdo.

Nótese que el conjunto poético creado no busca significar la patria a través de viejos y pesados símbolos, sino dibujarla con la levedad de trazos de una evocación íntima. Por eso, la figura de la sinécdoque es la única posible, la única suficientemente pudorosa, pero sin concesiones al chato coloquialismo que tiende a convertir la anécdota personal en metáfora universal. No se privilegia ni jerarquiza lo privado sobre lo público: «Quizás una utopía» se añade para continuar la definición de Patria, en referencia, pienso, al lugar de la Revolución Cubana en la vida del poeta; pero esto, junto a la mención de los accidentes del clima tropical, ¿por qué no? «un régimen de lluvias» también nos caracteriza.

El poema, que por su escueto puntillismo no admite lecturas altisonantes, sorprende entonces con el giro de la última estrofa, la decisión es firme: «Morirme de distancia» elige el poeta en exilio, y, subrayo, no de nostalgia, evitando Díaz Martínez, tanto en la vida como en la obra, la mala jugada de los lugares comunes donde suelen reposar, juntas, mediocridad y cobardía.

He cambiado de cigarros, de sueños
de sintaxis, de país...
me aficioné al futuro,
me jugué la esperanza, toda
la esperanza a una profecía
y terminé regresando por mis trajes viejos.
(...)
Ahora permítanme fumar, beber algo
y les sigo hablando en un momento (p. 346).

«Converso con el Otro que siempre va conmigo», hábito machadiano que parece compartir Díaz Martínez. «Adónde un hombre puede regresar / que no sea a su sombra» nos ha dicho (p. 372). Pero, más que al soliloquio reflexivo, creo que el poeta cubano es dado al diálogo con sus seres queridos o con su lector⁴, como en este poema antes citado que se me antoja escrito en una de esas tardes de café de la España del Sur, que Manolo ha hecho suya.

Varios textos ilustran esta poética de la conversación, que no necesariamente conversacional. Pienso en los dedicados a la madre, desde el antológico «Mi madre, que no es persona importante» hasta los más recientes: «Te escribo a la vieja dirección» y «Meditando con mi ausente madre»; más ligeros y alegres, dulcemente didácticos, los dedicados a las hijas: «Esto que ves, Gabriela» o «Balada para Claudia». Profundamente nostálgico «La noria de la memoria», que se lee como un caminar de la mano con la esposa amadísima que le robó al poeta «la Oscura Jueza».

Interesante observar en este recorrido por su producción poética, que se atiene —advierto— a lo compilado en *Un caracol en su camino*, que el poema dialogado es la forma preferida por Díaz Martínez para hablar con las mujeres amadas de su vida: la madre, las hijas, la esposa, mientras que para recordar al padre y al abuelo reserva formas más tradicionales de la voz lírica, como sucede en «Para siempre es ido mi abuelo Pedro Martínez», «Funerales de Manuel Díaz Torres, mi abuelo», «Este hombre que es mi padre» o «Décima a la muerte de mi padre». No obstante, no propongo una lectura de género sesgada pues, como ya veremos, entablaré diálogo con varios grandes poetas hombres en la abundante producción que dedica a homenajearlos.

Ha advertido, con razón, el crítico Virgilio López Lemus⁵ que 1967 es un año que muestra un cambio en la poética de Díaz Martínez, con su adscripción a la corriente conversacional. No es éste el lugar para establecer una valoración comparativa entre el poeta y otros compañeros suyos de la generación llamada de los 50, que practicó esa tendencia estilística también conocida como coloquialismo⁶. Pero quiero enfatizar que lo que distingue el coloquialismo en Manuel es una búsqueda existencial del sí mismo en el Otro mediante el diálogo. Por eso, en los momentos del desamparo total del exilio, el poeta busca la plática con los que aún siguen acompañándole, con los Otros que amó y le amaron, pues ellos le permiten revelar poéticamente un ser que pareciera estar amenazado por la soledad, por las jugarretas que la incertidumbre de futuro nos juega a todos, como si no tuviésemos un pasado.

Emmanuel Levinas, empeñado en salvar la filosofía contemporánea de la crisis ética en que se encuentra, nos recuerda algo que halla eco transparente en la poesía que discutimos:

Es banal decir que existimos en singular. Estamos rodeados de seres y cosas con los cuales mantenemos relaciones. A través de la vista, el tacto, la simpatía y el trabajo en común somos con los otros⁷. (...) En principio el YO no se crea a través de la primera persona, sino que se apoya para su existir en el mundo⁸» (la trad. es mía).

Si aceptamos esta intención, digamos más bien justificación profunda, de la necesidad del conversar como un alcanzar al Otro en el Uno, se entiende el refinamiento estilístico de la lírica de Díaz Martínez, que nunca careció en el uso facilista del lenguaje popular que permite el coloquialismo. Nótese esa atmósfera en los versos dedicados a la esposa:

Surges, de pronto, a la luz
desde una puerta imprevista,
y me tomas una mano.

Estás triste. No me miras.
Un silencio tembloroso
se pone a andar a mi lado (p. 365).

Toda la *mise en scène* que supone el poema, basado en la evocación de una figura ausente, perdida, y luego rescatada, precisa de un ritual, una magia que requiere la más delicada poesía, pues sólo entonces Ofelia pasará a ser una espiritualidad encarnada⁹.

Y atención, toda la atención les ruego:
no caer en la trampa de pensar que la Poesía
está en las cosas
(...)
Estoy en condiciones de afirmar rotundamente,
con el viejo búho Stephan Mallarmé,
y siguiendo mis propias experiencias,
que la poesía habita sólo en el idioma
(...)
Poesía eres tú, Gustavo Adolfo
.... y lo soy yo,
y no porque seamos musas ni modelos,
sino porque somos los que hablamos:
sin nosotros no hay mirada (pp. 331-332).

Estas citas, como todas las anteriores, obligatoriamente fragmentadas, provienen de ese extenso e intenso poema titulado paradójicamente «Mínimo discurso sobre el poeta, la palabra y la poesía». Ellas me sirven para orientarme hacia las que propongo como claves de una definición retórica, entiéndase esta palabra a la antigua usanza «como arte que enseña las reglas del buen decir», de la poética de Díaz Martínez. Dos certezas parecen vislumbrarse para él: La poesía sólo existe en las palabras, y a su vez éstas sólo existen poéticamente al ser creadas por el poeta. Nótese el doble énfasis y la solución de la contradicción, como gustaría a Lezama: la materialidad de la poesía a través de su encarnación en el idioma, y su espiritualidad, que mana del origen subjetivo: el poeta.

Mediante el injerto de palabras, o lo que solemos llamar intertextualidades, anotadas en cursiva, proveniente de poetas de la lengua española, Manuel nos entrega «su» (y de ellos también) definición de poesía: «*agua discursiva, oscura pradera, rosa melancólica, carnívoro cuchillo, grano de trigo en el silencio, guitarra del mesón de los caminos, manotazo, águila audaz, guijarro, mosca, miedo, mástil, horizonte*, todo menos acta notarial...» (p. 330).

Poesía como *summa* de la tradición literaria precedente, *palimpsesto* de voces poéticas más que género literario retóricamente definible. Para Manolo, el poeta será el médium que exprese el poema, y, en este momento, no puedo menos que pensar en aquellas palabras de T.S. Eliot que describen la mente del poeta: «un receptáculo capaz de atrapar y almacenar sentidos, imágenes que permanecen allí hasta que puedan unirse para formar un nuevo componente»; poesía para el escritor inglés como «un todo viviente formado por toda la poesía jamás escrita»¹⁰ (mi traducción). Mientras que para Eliot «ningún poeta, ni ningún otro artista completa su sentido por sí mismo. Su significación, su apreciación, está en relación con los poetas y artistas muertos...»¹¹, para Díaz Martínez el reconocimiento a su deuda con la tradición poética hispana se demuestra en el abundante número de poemas dedicados a poetas importantes de nuestra lengua.

Creo que esta honda raíz de su poesía en la más rica cepa de la lírica española le ha salvado de esas crisis de creación que, a veces, acosan al escritor en exilio. Véanse ejemplos recogidos en su antología *Un caracol en su camino*, en los que se hace expresa mención del homenaje/diálogo con otros poetas en los títulos: «Unas pocas palabras a Darío», «El sueño de Unamuno», «Regreso de Escardó», «Memorias sobre la tumba de Manuel Navarro Luna», «Convite con Don Francisco de Quevedo», «Para humillar este súbito silencio de Efraín Huerta», «El testamento de Luis de Góngora», «Para Don Antonio Machado», «De pronto, Blas de Otero ha muerto», «Muerte del poeta José Sanjurjo», «Visita a Regino Pedroso», «Rolando Ferrer, 1960», «Para Raúl Aparicio», «René López», «Idea de un homenaje» (dedicado a Guillaume Apollinaire), «Homenaje a Calderón», «José Lezama Lima», «Miss Emily», «Virgilio Piñera: escena final», «Maese Eliseo Diego en su taller», «Mensaje a Severo Sarduy», «Posible epitafio para Antonio Machado», «Leyendo a Lezama junto al Guadalquivir» y «Visita a Federico». Esta lista la conforman poemas compuestos a lo largo de una vida, con Patria y sin ella, rodeado de reconocimiento y prescindiendo de la fama. Vestido con sus viejos trajes, con «un rasguño en la solapa», este Manolo nuestro, es entonces más que poeta cubano, poeta de la Patria del idioma español, hijo orgulloso de una alta tradición lírica.

Sin embargo, aunque me he afanado en acercarlo a mi admirado Eliot, no creo que Díaz Martínez acepte en su totalidad (o quizás sí valdría la pena preguntarle) aquella clásica afirmación de Eliot: «La emoción en arte es impersonal». Lo siento más cerca de aquella de Lezama que asegura que «a la impenetrabilidad del mundo exterior la poesía aporta una solución: su subjetivación por la evocación, capacidad devolutiva del sujeto»¹².

La palabra exilio significa desarraigo, pero la vida de los exiliados la llena de sinónimos: nostalgia, desasosiego, incertidumbre, depresión, incluso esperanza y suicidio. También puede significar renacimiento. (Díaz Martínez, en ciberanika.com).

Esto ha dicho el escritor en reciente entrevista. Algunas décadas antes, también exiliada de un régimen totalitario, el franquismo, la filósofa española María Zambrano nos iluminaba con este comentario:

El exilio es el lugar privilegiado para que la Patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando ya el exiliado ha dejado de buscarla... Camina el exiliado entre escombros. Y en ellos, entre ellos, los escombros de la historia. La Patria es una categoría histórica, no así la tierra ni el lugar. La Patria es lugar de historia, Tierra donde una historia fue sembrada un día¹³.

Cotejando ambas definiciones necesito volver al concepto Patria, para Manuel, «un arco de costa, un mar...un jardín, unas montañas, acaso también unos hermanos / que completan la saga familiar, / y unos amigos...», todo recuperado, el mundo material y el de los afectos, todo mezclado al nombrarse poéticamente, subjetivado. Para Zambrano y Díaz Martínez no hay patria sin sujeto que la experimente como tal. Y como el sujeto, al salir al exilio, en palabras de Díaz Martínez, renace, y en la perspectiva zambranianista nace y muere a la vez¹⁴ se entiende entonces que lo único perdido, si acaso, es la tierra. Pero ésta, incluso como asidero de la historia, no parece haber sido nunca demasiado importante para Díaz Martínez. Incluso cuando la Patria para muchos de los poetas cubanos de su generación era el lugar donde se producía «el asalto al cielo», en aquellos utópicos años 60 de la Revolución, él se entrega a escribir los románticos versos de *El país de Ofelia*: «Yo recorro tus carnes como un país / donde la luz es la estación perenne» (p. 32).

Patria, entonces, la Tierra del amor. Y, luego, la tierra mítica de Saúd, Patria siempre, entonces y hoy la poesía.

1 Texto leído en el Encuentro/Homenaje a la obra de Manuel Díaz Martínez (Las Palmas de Gran Canarias, 2005).

2 Todas las citas de la poesía de Díaz Martínez corresponden a la antología personal *Un caracol en su camino*; Editorial Hispano Cubana, Madrid, 2003.

3 Berestein, Helena; *Diccionario de retórica y poética*; Editorial Porrúa, México, p. 174.

4 Manuel Díaz Martínez decía que quizás pudiera hablarse de «solidiálogo» para juzgar aquel modo suyo de conversar consigo mismo incorporando al Otro.

5 López Lemus, Virgilio; Prólogo a *Alcándara*, p. 14.

6 Cito de memoria a Manuel Díaz Martínez: «Nuestro coloquialismo era el discurso que se ocupaba de lo inmediato. Sin embargo, en el camino de forjarlo nos encontramos con una paradoja. Dialogábamos con el menos común de los hombres, aquel que devino un Dios: Fidel Castro».

7 Levinas, Emmanuel; *Ethics and Infinity*; Duquesne UP, Pittsburgh, 1985, p. 58.

8 Íd., p. 98.

9 El amor, o dígame con precisión, su amor por Ofelia, era recurso de alquimista del poeta: «Hoy no soporto que las cosas sean / mutiladas maderas y humillados metales. / Espero de mis dedos que ahora sientan, / en todo lo que toquen, nada más que tu imagen» (p. 228). Es a esto a lo que me refiero cuando hablo de la «materialidad» de su poética, de su capacidad de encarnar gracias a un peculiar uso de la relación metáfora/referente.

10 «Tradition and the individual talent»; en *The sacred wood. Essays on poetry and criticism*; Methuen & Barnes and Noble, London/New York, 1966, p. 53.

11 Íd., p. 49.

12 González Cruz, Iván; *Diccionario. Vida y obra de Lezama Lima*; Generalitat Valenciana, Valencia, 2000, p. 393.

13 Zambrano, María; *Los bienaventurados*; Ed. Siruela, Barcelona, 2004, pp. 42-43.

14 «Carta sobre el exilio»; en *La razón en la sombra. Antología del pensamiento de María Zambrano*; Moreno Sanz, Jesús (editor); Ediciones Siruela, Barcelona, 1993, p. 382.